

PSICOLOGÍA COMUNITARIA

UNA HISTORIA INCONFORMISTA

MARÍA LUISA VECINA JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

“If there is a hard, high wall and an egg that breaks against it, no matter how right the wall or how wrong the egg, I will stand on the side of the egg. Why? Because each of us is an egg, a unique soul enclosed in a fragile egg. Each of us is confronting a high wall. The high wall is the system which forces us to do the things we would not ordinarily see fit to do as individuals . . . We are all human beings, individuals, fragile eggs”

Haruki Murakami (JERUSALEM POST, Feb. 15, 2009)



Delimitación conceptual, contextualización histórica y futuro de la disciplina

La necesidad de un mundo más seguro, próspero y equitativo puede que haya existido siempre, pero solo desde hace unas décadas esta necesidad se expresa políticamente y constituye una meta para los gobiernos y la ciudadanía de muchos países (Sethi & Schepers, 2014; Zelenev, 2015; Pinker, 2011). En perfecta alineación con esta meta se encuentran los valores de justicia y compromiso social que inspiraron, y siguen haciéndolo, a la psicología comunitaria; también sus objetivos de cambio social y sus enfoques metodológicos que combinan investigación, acción y participación de la comunidad. Además, y pesar de la complejidad que conlleva trabajar con y entre agentes pensantes y sintientes en constante interacción, la psicología comunitaria se posiciona entre las ciencias y con ello se enviste de algunos de sus condicionantes para actuar con parsimonia, precisión y rigurosidad. Todas estas características hacen de la psicología comunitaria una disciplina tan versátil como prometedora en la construcción de un mundo más justo en el que todas las personas puedan disfrutar de la salud, ampliamente entendida en sus dimensiones física, psicológica y social (OMS, 1979; Declaration of ALMA-ATA; Fee & Brown, 2015).

Cincuenta y seis años de historia de la Psicología Comunitaria

Pocas disciplinas pueden tener tan claro el motivo y la fecha de su nacimiento, y aunque esto no constituye un mérito especial, sí nos permite identificar las necesidades originarias, compararlas con las presentes y observar su evolución. En este sentido, puede afirmarse que la psicología comunitaria nació en 1965, en el contexto de una reunión celebrada en Swampscott (Boston), a la que acudieron profesionales de la psicología doblemente frustrados por cómo una sociedad rica y en crecimiento como la estadounidense estaba atendiendo la salud mental de su población (Bennett, 1965).

Unos años antes, el contexto político parecía muy prometedor para la incipiente psicología de corte social. Por una parte, la contundencia de los datos empíricos que venían relacionando un nivel socioeconómico bajo con las diversas formas de enfermar (Hollingshead & Redlich, 1958) había cristalizado y adquirido legitimidad con las palabras que Kennedy pronunció en 1963: *“la prevención y el tratamiento de la enfermedad mental es una responsabilidad social y comunitaria y no un asunto individual.”* Esta afirmación, que además había tomado forma operativa ese mismo año con la creación de los llamados Centros de Salud Mental Comunitarios, se había torcido, a juicio de los asistentes a Swampscott, en tan solo dos años de funcionamiento. A la decepción inicial por la constatación de los pocos y mal repartidos recursos en materia de salud mental, se le sumó una segunda decepción por lo rápidamente que esos novedosos centros adoptaron roles y normas tradicionales para tratar únicamente la punta del iceberg, es decir, la sintomatología mental de personas

concretas aisladas de sus contextos sociales (Kelly, 2006; Kelly, Ryan, Altman, & Stelzner, 2000).

La intención inicial de este grupo de personas críticas con el sistema de prestación de servicios en materia de salud mental fue crear una profesión nueva basada en nuevas formas de pensar, nuevos objetivos de intervención, nuevos roles profesionales y nuevas formas de colaborar con las comunidades (Albee, 1959; Bennett & et al., 1966). Tal visión unía teoría, investigación y práctica por varias razones conceptuales: 1) Las personas viven siempre en relación de interdependencia con un contexto particular; 2) Hay que conocer la realidad de cada contexto para transformarla; y 3) El conocimiento se construye entre quienes viven en directo una realidad particular y quienes se incorporan a ella como profesionales.

La psicología comunitaria se constituyó por tanto a partir de la crítica. Formalmente se criticó el modelo económico de desarrollo imperante, que generaba riqueza para unas personas y pobreza para otras muchas, y más específicamente el modelo médico de tratamiento de la enfermedad mental como forma de solución de los multideterminados problemas humanos. La psicología comunitaria apostó desde el principio por el tratamiento social de aquello que tiene un origen social y rechazó las soluciones simplistas de corte clínico que usaban procedimientos individuales de tratamiento, que además eran largos, costosos y en ocasiones menos eficaces que el mero paso del tiempo (Albee, 1959; Lorion, 2018). Incluso cuando los tratamientos psicológicos eran pertinentes y eficaces, ya se anticipaba que el éxito de la terapias clínicas nunca vaciaría las salas de espera (Dumont, 1968).

Desde entonces la psicología comunitaria teoriza y actúa en una dimensión social que oscila entre los problemas sociales acuciantes como la enfermedad mental, la pobreza, la violencia, la destrucción de ecosistemas naturales, etc. y las aspiraciones de salud, bienestar social, calidad de vida, diversidad y convivencia pacífica que al menos los estados modernos se plantean como meta. La psicología comunitaria enfatiza la prevención frente al tratamiento de la enfermedad, y la promoción de la salud frente a la prevención (Albee, 2005; Rappaport, 1981). Prioriza también la multidisciplinariedad frente al corporativismo (Walsh, 1987); la intervención solucionadora frente a la teorización abstracta; la complejidad metodológica para captar la realidad humana que siempre está ligada a un contexto físico y social con peculiaridades únicas y en constante cambio (Jason & Glenwick, 2016; Kelly, 1971), frente a la simplicidad de la causa y el efecto en el laboratorio.

Cincuenta y seis años después de su nacimiento, la psicología comunitaria sigue apostando por los mismos principios para resolver los actuales problemas humanos, que prácticamente siguen las mismas tendencias que a mediados del siglo XX, aunque con algunos nuevos e intensos matices. Lo local ahora es más global que nunca y está conectado tecnológicamente. No por ello las personas se sienten más seguras y

competentes para resolver sus problemáticas vitales. El reparto de poder y de recursos sigue siendo injusto (Ortmann, 2015; Simms, 2012), pero cobra dimensiones especiales en un mundo superpoblado, en claro desequilibrio respecto a los ritmos de la naturaleza. La salud sigue identificándose mayoritariamente con la dimensión física, olvidándose de los aspectos psicológicos y por supuesto de los sociales. Las acciones promocionadas son mayoritariamente curativas, olvidándose de que el cerebro humano, su física y su química, no es en la mayoría de las ocasiones la causa de los problemas sino el reflejo de las condiciones sociales en los que se desarrolla (Dufford, Kim, & Evans, 2020; Evans, Chen, Miller, & Seeman, 2012; Muscatell, Brosso, & Humphreys, 2020). En esencia puede afirmarse que la psicología comunitaria no duda de la necesidad de los tratamientos psicológicos, pero sí de que sean la única forma válida de intervención cuando la aspiración es ambiciosa y va más allá del mero tratamiento de lo que va mal.

Desgraciadamente, podría afirmarse que la psicología comunitaria tiene hoy los mismos motivos para alzarse críticamente que hace cincuenta y seis años, y es, si cabe, más necesaria que nunca. Afortunadamente, hay que reconocer su resiliencia manifiesta tras más de cinco décadas teorizando y actuando contra la corriente, creciente y dominante, de un sistema macro que sigue generando desigualdades sociales y buscando soluciones individuales.

La asunción no reduccionista de la complejidad de los problemas humanos sigue llevando a la psicología comunitaria actual a ser tan compleja y multifacética como la realidad social sobre la que pretende incidir. Son muchas las formulaciones que a lo largo de estos años han puesto palabras a la aspiración máxima de la psicología comunitaria, pero hoy, al igual que en 1965, la psicología comunitaria sigue buscando la resolución de los problemas sociales y la creación de las condiciones óptimas para el desarrollo del potencial humano, y lo hace contando con la participación de la comunidad y generando empowerment, o lo que es lo mismo procesos a través de los cuales las personas, las comunidades, las organizaciones van adquiriendo dominio y control sobre sus propias vidas (Rappaport, 1981; Sánchez-Vidal, 2017).

Todos estos principios ya estaban arraigados con fuerza en los países de Latinoamérica que, con mucha más población desempoderada y materialmente empobrecida, nunca pudieron hacer una psicología que no fuera comunitaria. Mariza Montero (2003) argumenta que en América Latina se venía haciendo empowerment mucho antes de que autores como Rappaport teorizaran sobre el valor central de este concepto para la psicología comunitaria.

La psicología comunitaria transcurre desde entonces por dos cauces que comparten la misma meta y se inspiran en los mismos valores (Montero, 1996). Uno es el desarrollado en EEUU, que está más centrado en la investigación bajo el paradigma

más prototípico de la ciencia, y en el que Europa se inspira. El otro cauce se viene desarrollando en los países de Latinoamérica y está especialmente centrado en la acción y el cambio. La psicología en Latinoamérica está prioritariamente comprometida con la acción transformadora de las condiciones de vida opresivas y aboga por relaciones con las comunidades desempoderadas que rompen cualquier postulado de neutralidad y distancia emocional. Son referentes obligados para entender esta concepción más radical de la Psicología Social Comunitaria en Latinoamérica el modelo de educación popular propuesto por Paulo Freire, la sociología crítica de Orlando Fals Borda y la psicología de la liberación de Ignacio Martín-Baró (Borda, 2008; Freire, 1970; Martín-Baró, 1986; Montero, 2008; Montero & Díaz, 2007).

En España la psicología comunitaria se viene nutriendo de estas dos fuentes de influencia desde que se instauró el actual periodo democrático. Algunos hitos importantes que señalan su institucionalización durante los años 80 son los siguientes:

- 1) La incorporación de la asignatura Psicología Comunitaria al plan de estudios de la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid en 1984;
- 2) La publicación de los primeros manuales de referencia en castellano: Salud comunitaria de López y Costa (1986); Intervención Psicosocial de Barriga (1987); Psicología Comunitaria de Martín, Chacón y Martínez (1988);
- 3) La organización de los primeros encuentros profesionales (I Jornada de Intervención en Servicios Sociales en 1987; II Jornadas de la Intervención Social en 1988), y
- 3) La creación de revistas especializadas: Psicología Social Aplicada, editada por la Universidad de Barcelona en 1991, e Intervención Psicosocial, editada por el Colegio Oficial de la Psicología de Madrid en 1992.

Son incontables las aportaciones y contribuciones que se han ido sumando, pero hoy al igual que entonces quienes practicamos las distintas versiones de la psicología comunitaria entendemos que *“la urgencia del tratamiento no puede hacer olvidar lo irrelevante del síntoma frente a la dimensionalidad de la causa”* (Barriga, León, Martínez, & Jiménez de Cisneros, 1990).

Tensiones dentro de la psicología comunitaria

La psicología comunitaria no está exenta de tensiones y dificultades internas, aunque a diferencia de otras áreas de la psicología, la psicología comunitaria es amiga de la reflexión y ejerce la autocrítica sin demasiados complejos (Dokecki, 1992; Rappaport, 1981; Sánchez-Vidal, 2017; Serrano-García, 1984). Esto que es sumamente saludable en una ciencia, paradójicamente puede estar haciendo a la psicología comunitaria perder terreno interpretativo frente a la psicología curativa, que siempre está en lo concreto con soluciones puntuales e indoloras para el sistema que las acoge. La perspectiva que ofrece la psicología comunitaria es mucho más amplia, compleja y sobre todo crítica con el sistema que debe promocionarla y financiarla. La psicología comunitaria parte de la crítica al estatus quo y busca materializar cuotas aceptables de salud física, psicológica y social para toda la población. Ninguna de estas dos características suele resultar rentable para los sistemas sociales que precisamente más la necesitan porque generan formas diversas de desequilibrio e injusticia social.

Una primera tensión interna de la psicología comunitaria, que podría calificarse de clásica, es la ya señalada por Bronfenbrenner (1977) entre rigor y relevancia, entre el deseo de ser una ciencia respetable y a la vez la necesidad de aproximarse a cada realidad social sin las restricciones de los tradicionales métodos de laboratorio. La psicología comunitaria ha oscilado entre ser aceptada en el club de científicos y profesionales de la psicología clínica y hacer todo lo necesario para cambiar las vidas de aquellas personas que están desatendidas, olvidadas y desempoderadas (Lorion, 2018).

Esta tensión entre el método (científico) y la crítica (social) se manifiesta de formas diversas y lleva a cuestionar la utilidad local de las intervenciones producidas fuera del contexto que las va a recibir (Montero, 2002). También lleva a cuestionar la necesidad de publicar experiencias y reflexiones aplicadas en las revistas científicas al uso porque sencillamente no encajan y son rechazadas (Sarason, 2004). Peor y más grave, es la utilización del hecho de “ser una ciencia” para adoctrinar sobre lo que es correcto y aceptable y lo que no lo es. Es indudable que posicionarse del lado de la ciencia hace que la psicología comunitaria acceda a cuotas de poder, dinero y prestigio importantes, pero también es cierto que ello no garantiza el conocimiento, ni de prácticas éticas y morales, ni por supuesto la justicia social. La psicología comunitaria tiene tanto de ciencia como de crítica social moralmente comprometida con el desarrollo humano (Maton, 2000; Serrano-García, 1994), o en palabras de Rappaport *“es, gracias a Dios, más que una ciencia”* (Rappaport, 2005).

La idea misma de transformar una realidad social, que se entiende construida y cambiante, implica también desafíos epistemológicos importantes. En este sentido se pueden plantear preguntas como: ¿es real la realidad?, ¿sobre qué hay que intervenir si no hay realidad objetiva?, ¿qué es realmente necesario cambiar si todo es construido

subjetivamente? La tensión generada por el dualismo implícito en estas preguntas (real/percibido; objetivo/subjetivo; verdad/falsedad; sujeto/objeto) no es fácil de digerir, ni siquiera para la ciencia, que dinamitó todas las convicciones sobre la realidad cuando asumió la imposibilidad de conocer un sistema por parte de alguien que está incluido dentro de él (Teorema de Indecibilidad de Gödel), la imposibilidad de medir con precisión la posición y la velocidad de una partícula cualquiera porque la mera observación altera lo observado (Principio de Indeterminación de Heisenberg); y la imposibilidad de demostrar cualquier cosa de forma irrefutable porque nunca se puede descartar que surja evidencia contraria en el futuro (Principio de Falsación de Popper), ni un cambio de paradigma que cambie radicalmente las preguntas de interés (Revolución Científica de Kuhn).

El constructivismo viene sirviendo a la psicología comunitaria de marco de interpretación de la realidad, a pesar de que la subjetivización total de la realidad conduce a un incómodo relativismo que paradójicamente puede justificar la no acción ante circunstancias opresivas que la psicología comunitaria tiene claro que hay que cambiar. Los planteamientos constructivistas se pueden resumir en uno: existen tantas realidades como observadores e instrumentos de observación. En palabras de Gergen *“knowledge is ... something people do together”* (Gergen, 1985) y según Mariza Montero (2002), asumir que la realidad no puede ser separada de las personas que la construyen, no implica renunciar a generar un conocimiento útil. Los patrones de repeticiones, esperados y esperables, son lo que podríamos considerar realidades prácticas sobre las que intervenir con la idea de transformar para mejorar.

Este debate epistemológico continúa actualmente abierto para el conjunto de las ciencias sociales en el marco aportado por la filosofía de la ciencia, y más concretamente por el Realismo Crítico propuesto por Bhaskar (1989; 2012). Este autor articula la idea constructivista de que el conocimiento es una producción social con la idea de que el dominio de lo real va más allá de lo empíricamente percibido, es decir, con el reconocimiento de la existencia de una realidad independiente de los pensamientos y percepciones. En el dominio de lo real actúan múltiples mecanismos generadores de eventos que pueden ser percibidos con distintos grados de exactitud. Esto otorga a las ciencias sociales potencial crítico para revelar la falsedad de sus creencias y fuentes de conocimiento y servir así de base para la acción política correctiva (Bhaskar, 2016; Houston, 2001; Tebes, 2017; Tebes, Thai, & Matlin, 2014).

La posibilidad de que los argumentos filosóficos justifiquen y apoyen la crítica social y política refuta la afirmación de que no se puede derivar una conclusión ética a partir de premisas puramente fácticas (Ley de Hume). La psicología comunitaria hizo desde el principio su apuesta por los valores, más allá incluso de los principios del paradigma positivista imperante (Rappaport, 2005). Ahora y bajo el paradigma del realismo crítico, que argumenta que saber que una creencia es falsa es motivo

suficiente para una evaluación negativa de la misma y una acción dirigida a su eliminación (*the project of human self-emancipation*; Bhaskar, 1989), puede seguir apostando por los mismos valores bajo el cobijo de esta nueva forma de entender la producción científica.

Uno de los próximos monográficos de la revista *Journal of Community Psychology* invita a reflexionar sobre el andamiaje intelectual, a menudo oculto, en el que se basan los conceptos y prácticas de la psicología comunitaria ya que resultan sorprendentemente consistentes con los principios más recientes del Realismo Crítico. Se anticipan bajo este paradigma nuevos argumentos que desde dentro de la ciencia legitimen seguir trabajando con la comunidad y con profesionales de otras disciplinas por el cambio y la justicia social.

En el terreno de lo aplicado, Prilleltensky (2012a) advierte de otros dos peligros para la psicología comunitaria del futuro: 1) Sobreestimar la importancia del bienestar; y 2) Infraestimar la importancia de la justicia social, entendida como asignación equitativa de cargas y privilegios (distributiva) y como trato justo, transparente y respetuoso (procesal). Se entiende que el concepto de justicia social no es solo un objetivo general ideológico de la psicología comunitaria, sino un concepto teórico con contenido empírico que se puede y se debe trabajar (Fondacaro & Weinberg, 2002). Por tanto, se enfatiza que la investigación y la intervención se centren más en las condiciones sociales de justicia de las que depende el bienestar de las personas y no tanto en el bienestar aislado y desvinculado del contexto social que le da sentido (Pérez Álvarez, Sánchez, & Cabanas Díaz, 2018; Nelson & Prilleltensky, 2005). De alguna manera hay que conectar creativamente las experiencias subjetivas individuales con los sistemas sociales que las sustentan (Christens, Hanlin, & Speer, 2007).

Según Mariza Montero (2011) sintetiza, la trayectoria de la psicología comunitaria ha sido hasta ahora poderosa en experiencias y diversa en agendas, pero limitada en teorización y en institucionalización académica y escasa en la comunicación de sus logros. Son muchas las razones que pueden estar explicando este desigual desarrollo interno, pero es claro que las exigencias del mundo académico y las de la intervención llevan caminos muy diferentes, a veces incompatibles. Más genéricamente, también puede señalarse que la perspectiva social de tratamiento de los problemas que deterioran la salud de las personas sigue sin hacerse con un espacio propio en los contextos donde se toman decisiones políticas (Sarason, 1984), lo cual tampoco es de extrañar en sistemas económicos competitivos, individualistas y basados en el consumo, que encuentran más rentable la enfermedad que la salud.

Proyección futura de la psicología comunitaria

La psicología comunitaria tiene un futuro necesario en un planeta globalizado, entregado a la producción industrial, a la tecnología y a la vida urbana. Son muchos y variados los problemas sociales que ya se manifiestan, y los que se anticipan, aunque todos pueden reducirse a una única raíz común: la injusticia social que lleva a la pobreza, a la exclusión, a la enfermedad (Dufford et al., 2020; Evans et al., 2012; Prilleltensky, 2012b; Wilkinson, 1997). Algunos de estas manifestaciones son acuciantes y tiene que ver con situaciones precarias que hacen incierta la vida en su formato más básico de supervivencia. Otras se manifiestan más sutilmente restando posibilidades para alcanzar el potencial máximo de desarrollo al que legítimamente entendemos que todas las personas tienen derecho.

En un nivel más operativo, puede afirmarse que son muchas las variables sociales que contribuyen a explicar problemáticas tan diversas como la obesidad, las cardiopatías, la discriminación, la violencia, los accidentes, el hacinamiento urbano, la soledad, la ansiedad, el estrés psicosocial, el deterioro de las comunidades y de los ecosistemas naturales, etc.. En la base de todas ellas podemos encontrar siempre una combinación de oportunidades diferenciales de acceso a la educación y al trabajo digno; de opciones industriales muy disponibles y baratas para alimentarse; de prisa y urgencia; de presión competitiva para colocarse en una jerarquía de poder; de espacios públicos sociófugos; de espacios privados incompatibles con la vida social; de políticas raquíticas de protección frente a la enfermedad, la discapacidad, el desempleo, la jubilación; de un marketing social que promociona la responsabilidad individual para resolverlo todo, ser felices y vivir eternamente, y que a la vez patrocina el consumo desaforado de recursos materiales que supera la capacidad de la naturaleza para generarlos y regenerarse.

Ante estas condiciones estructurales que causan y mantienen numerosos problemas sociales que diariamente atentan contra la salud de las personas, hay que añadir el declive de las formas tradicionales de conexión social que también viene produciéndose en las sociedades humanas actuales (Fukuyama, 2000; Putnam, 2000; 2003). El apoyo social, que podría funcionar como un factor de prevención y amortiguación de los peores efectos del estrés por causas sociales (Brunelli, Murphy, & Athanasou, 2016; Hornstein & Eisenberger, 2017; Schwarzer & Leppin, 1989), se va desarticulando lenta e inexorablemente. Lo mismo ocurre con el sentido de comunidad, que podría funcionar como un antídoto ante muchos de los actuales problemas sociales (McMillan & Chavis, 1986; McMillan & Lorion, 2020; Sarason, 1974), y sin embargo se usa para alimentar identidades de grupo exclusivistas que dividen y polarizan (McMillan & Lorion, 2020).

En esta línea, la necesidad humana de funcionar y realizarse en lo social cada vez encuentra más trabas sistémicas y sistemáticas, y una nueva epidemia relacionada

con el aislamiento y la soledad conquista el planeta a la vez que lo hace la tecnología que paradójicamente lo conecta todo. Países tan ricos y desarrollados tecnológicamente como Japón empiezan a acuñar conceptos nunca conocidos por la humanidad como: muerte por exceso de trabajo (Karoshi); muerte solitaria, no detectada (kodokusi); aislamiento social agudo en jóvenes que viven virtualmente (hikikomori). Contribuye a agravar puntualmente esta situación, la conceptualización y la gestión que se viene haciendo de la crisis sanitaria ocasionada por el virus llamado Covid-19. En este sentido, las relaciones sociales han sido objeto de intervención y se han visto sucesivamente reducidas, prohibidas, condicionadas, virtualizadas, en definitiva, alteradas en un sentido que ha venido a desconectar aún más a millones de personas.

Con la aspiración, tal vez utópica, de un mundo donde las personas puedan realizar su potencial junto a otras que tienen la misma legítima pretensión, la psicología comunitaria sigue buscando cambios sociales al menos desde dos ángulos: 1) Generando discursos críticos que permitan hacer y exigir políticas que reduzcan las desigualdades que a su vez generan variopintas problemáticas; y 2) Trabajando con las poblaciones que las padecen para que cobren conciencia de sus posibilidades de acción como colectivo, comunidad, sociedad.

La Psicología tendrá que seguir trabajando para conseguir identificarse y que la identifiquen con su perspectiva de entendimiento más amplia (social comunitaria), y no solo con la más específica y clínica, si quiere contribuir a diseñar los nuevos formatos por los que discurrirán en el futuro las condiciones y conexiones sociales que nos articularán como sociedad. Sigue siendo un reto para la psicología comunitaria abrirse un espacio propio donde se toman las decisiones políticas que gestionan lo público (Sarason, 1984). La psicología comunitaria también puede, si así lo decide, auto-limitarse, en una nueva alianza con el modelo médico, a enfriar conflictos sociales que claman por ser resueltos, mientras se distrae produciendo evidencias científicas tan inútiles como valoradas por el actual sistema académico (Beehler & Trickett, 2017).

Si optamos por la primera alternativa, y mientras operativizamos fórmulas más justas de distribución del poder social y económico, el único refuerzo será *“permanecer de pie frente a lo que creemos correcto: que todas las personas son iguales”* (Albee, 2005), valor este en esencia moral, para y por el que la ciencia puede trabajar, o no.

Pragmatización competencial de la psicología comunitaria en Europea

Actualmente y en el contexto de los países de la Unión Europea, la psicología comunitaria se configura entre las necesarias orientaciones de las titulaciones Europsy y las competencias y valores esenciales definidas por la European Federation of Psychological Association (EFPA).

La EFPA adopta una perspectiva con contenido claramente humanista para definir las competencias esenciales que deben tener las personas que ejercen profesionalmente la psicología comunitaria en los países de la Unión Europea (Taskforce and Standing Committee for Community Psychology, 2013). En coherencia con el origen crítico de la psicología comunitaria, la EFPA va más allá de las capacidades y habilidades e incluye contenidos y valores concretos en dichas competencias para evitar la instrumentalización de los perfiles competenciales, es decir, para evitar que sean asépticamente puestos al servicio del mantenimiento de los sistemas sociales que precisamente pretende cambiar. Se destacan las siguientes competencias:

- Capacidad para comunicar de forma flexible en distintos contextos culturales, para reflexionar éticamente según los principios del modelo ecológico y para comprometerse con los modelos de desarrollo de recursos.
- Capacidad para integrar diferentes métodos cuantitativos y cualitativos en la investigación, con criterios de éxito basados en la eficacia, eficiencia y la efectividad.
- Capacidad para orientar las intervenciones hacia una dimensión social, promocionando la participación de la ciudadanía, los movimientos sociales, las organizaciones, las comunidades y las estructuras políticas, que son básicas para promover la cooperación, la construcción de redes, el desarrollo organizacional y la concienciación pública. La prioridad es el entendimiento de los contextos, la prevención y la promoción de la salud.
- Capacidad para adoptar roles prácticos de participantes empoderados, con valores firmes en pro de los derechos humanos, que se adaptan con flexibilidad a las necesidades de cada contexto según los principios de la Investigación-Acción-Participación.

A este perfil competencial se le añaden las orientaciones formativas de las titulaciones Europsy. Las guías de Europsy tienen un claro enfoque en el entrenamiento profesional, común para todos los países miembros de la Unión Europea, y aportan criterios que permiten a los futuros profesionales de la psicología una formación básica en prácticas éticas y conceptos e instrumentos útiles para resolver las necesidades de la sociedad (European Federation of Psychologist's Associations, 2013).

Ambas orientaciones pueden considerarse complementarias para configurar los programas formativos de grados y masters de las universidades europeas. Actualmente, la psicología comunitaria se está impartiendo en la mayoría de los países miembros de la UE de una forma válida y comparable, aunque no homogénea (Roehrlé et al., 2020). Esto no debe extrañar, dada la diversidad de circunstancias nacionales, siempre y cuando se preserve la esencia común que, en palabras de Lorion (2021), debería permitir disponer en el futuro de profesionales que entiendan que “*un esquizofrénico llamado Fred es más Fred que esquizofrénico*” (Lorion, 2021).

Referencias bibliográficas

- Albee, G. W. (1959). *Mental health manpower trends: A report to the staff director, Jack R. Ewalt*: Basic Books/Hachette Book Group, New York, NY.
- Albee, G. W. (2005). Call to Revolution in the Prevention of Emotional Disorders. *Ethical Human Psychology and Psychiatry: An International Journal of Critical Inquiry*, 7(1), 37-44.
- Barriga, S., León, J. M., Martínez, M. F., & Jiménez de Cisneros, I. F. (1990). *Psicología de la salud: Aportaciones desde la Psicología Social*. Sevilla: Sedal.
- Beehler, S., & Trickett, E. J. (2017). Community psychology misdirected? The case of evidence-based interventions. In M. A. Bond, I. Serrano-García, C. B. Keys, & M. Shinn (Eds.), *APA handbook of community psychology: Theoretical foundations, core concepts, and emerging challenges (Vol. 1)* (pp. 455-468, Chapter xxxi, 521 Pages): American Psychological Association, Washington, DC.
- Bennett, C. C. (1965). Community psychology: Impressions of the Boston conference on the education of psychologists for community mental health. *American Psychologist*, 20(10), 832-835. doi:10.1037/h0022589
- Bennett, C. C., & et al. (1966). *Community psychology: A report of the Boston Conference on the Education of Psychologists for Community Mental Health*: Boston U., Oxford.
- Bhaskar, R. (2012). Considerations on “Ken Wilber on critical realism”. *Journal of Integral Theory and Practice*, 7(4), 39-42.
- Bhaskar, R. (2016). *Enlightened Common Sense: The Philosophy of Critical Realism*. London: Routledge.
- Bhaskar, Roy (1989). *Reclaiming reality: a critical introduction to contemporary philosophy*. London: Verso.
- Borda, O. F. (2008). The application of the social sciences' contemporary issues to work on participatory action research. *Human Organization*, 67(4), 359-361. doi:http://dx.doi.org/10.17730/humo.67.4.h02175x647m44k86
- Bronfenbrenner, U. (1977). Toward an experimental ecology of human development. *American Psychologist*, 32(7), 513-531. doi:http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.32.7.513
- Brunelli, A. A., Murphy, G. C., & Athanasou, J. A. (2016). Effectiveness of social support group interventions for psychosocial outcomes: A meta-analytic review. *Australian Journal of Rehabilitation Counselling*, 22(2), 104-127. doi:http://dx.doi.org/10.1017/jrc.2016.9

- Christens, B. D., Hanlin, C. E., & Speer, P. W. (2007). Getting the social organism thinking: Strategy for systems change. *American Journal of Community Psychology, 39*(3-4), 229-238. doi:<http://dx.doi.org/10.1007/s10464-007-9119-y>
- Declaration of ALMA-ATA (2015). *American Journal of Public Health, 105*(6), 1094-1095.
- Dokecki, P. R. (1992). On knowing the community of caring persons: A methodological basis for the reflective-generative practice of community psychology. *Journal of Community Psychology, 20*(1), 26-35. doi:[http://dx.doi.org/10.1002/1520-6629\(199201\)20:1<26::AID-JCOP2290200105>3.0.CO;2-2](http://dx.doi.org/10.1002/1520-6629(199201)20:1<26::AID-JCOP2290200105>3.0.CO;2-2)
- Dufford, A. J., Kim, P., & Evans, G. W. (2020). The impact of childhood poverty on brain health: Emerging evidence from neuroimaging across the lifespan. In A. Clow & N. Smyth (Eds.), *Stress and brain health: Across the life course* (pp. 77-105, Chapter x, 246 Pages): Elsevier Academic Press, San Diego, CA.
- Dumont, M. F. (1968). *The absurd healer: Perspectives of a community psychiatrist*. New York: Science House
- European Federation of Psychologist's Associations. (2013). *EuroPsy—The European Certificate in Psychology. EFPA Regulations on EuroPsy and Appendices*. Brussels, Belgium: EFPA—European Federation of Psychologists Associations.
- Evans, G. W., Chen, E., Miller, G., & Seeman, T. (2012). How poverty gets under the skin: A life course perspective. In V. Maholmes & R. B. King (Eds.), *The Oxford handbook of poverty and child development* (pp. 13-36, Chapter xxiii, 725 Pages): Oxford University Press, New York, NY.
- Fee, E., & Brown, T. M. (2015). A Return to the Social Justice Spirit of Alma-Ata. *American Journal of Public Health, 105*(6), 1096-1097.
- Fondacaro, M. R., & Weinberg, D. (2002). Concepts of Social Justice in Community Psychology: Toward a Social Ecological Epistemology. *American Journal of Community Psychology, 30*(4), 473-492. doi:[10.1023/A:1015803817117](https://doi.org/10.1023/A:1015803817117)
- Fukuyama, F. (2000). *La gran ruptura. Naturaleza humana y reconstrucción del orden social*. Barcelona: Ediciones B.
- Gergen, K. J. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist, 40*(3), 266-275. doi:<http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.40.3.266>
- Hollingshead, A. B., & Redlich, F. C. (1958). *Social class and mental illness: Community study*: John Wiley & Sons Inc, Hoboken, NJ.
- Hornstein, E. A., & Eisenberger, N. I. (2017). Unpacking the buffering effect of social support figures: Social support attenuates fear acquisition. *PLoS ONE, 12*(5), 9. doi:<http://dx.doi.org/10.1371/journal.pone.0175891>
- Houston, S. (2001). Beyond social constructionism: Critical realism and social work. *British Journal of Social Work, 31*(6), 845-861. doi:<http://dx.doi.org/10.1093/bjsw/31.6.845>
https://www.europsy.eu/_webdata/europsy_regulations_july_2019_moscow.pdf
- Jason, L. A., & Glenwick, D. S. (2016). Introduction to community-based methodological approaches. In L. A. Jason & D. S. Glenwick (Eds.), *Handbook of methodological approaches to community-based research: Qualitative, quantitative, and mixed methods* (pp. 1-10, Chapter xvii, 383 Pages): Oxford University Press, New York, NY.

- Kelly, J. G. (1971). Qualities for the community psychologist. *American Psychologist*, 26(10), 897-903. doi:<http://dx.doi.org/10.1037/h0032231>
- Kelly, J. G. (2006). *Becoming Ecological: An expedition into community psychology*. Oxford University Press, New York, NY.
- Kelly, J. G., Ryan, A. M., Altman, B. E., & Stelzner, S. P. (2000). Understanding and changing social systems: An ecological view. In J. Rappaport & E. Seidman (Eds.), *Handbook of community psychology* (pp. 133-159, Chapter xxi, 1011 Pages): Kluwer Academic Publishers, Dordrecht.
- Lorion, R. P. (2018). Reflections on community psychology's past and future: What if a stitch in time only saves six? *Journal of Community Psychology*, 46(3), 267-280. doi:<http://dx.doi.org/10.1002/jcop.21954>
- Lorion, R. P. (2021). Community psychology's origin and destination: Alternative pathways to the discipline's future. *Journal of Community Psychology*. doi:<http://dx.doi.org/10.1002/jcop.22504>
- Martín-Baró, I. (1986). Hacia una psicología de la liberación. [Toward a psychology of liberation]. *Boletín de Psicología (El Salvador)*, 5(22), 219-231.
- Maton, K. I. (2000). Making a difference: The social ecology of social transformation. *American Journal of Community Psychology*, 28(1), 25-57. doi:<http://dx.doi.org/10.1023/A:1005190312887>
- McMillan, D. W., & Chavis, D. M. (1986). Sense of community: A definition and theory. *Journal of Community Psychology*, 14(1), 6-23. doi:[http://dx.doi.org/10.1002/1520-6629\(198601\)14:1<6::AID-JCOP2290140103>3.0.CO;2-I](http://dx.doi.org/10.1002/1520-6629(198601)14:1<6::AID-JCOP2290140103>3.0.CO;2-I)
- McMillan, D. W., & Lorion, R. P. (2020). Sense of community, pathway to, or bridge from alienation? *Journal of Community Psychology*. doi:<http://dx.doi.org/10.1002/jcop.22406>
- Montero, M. (1996). Parallel lives: Community psychology in Latin America and the United States. *American Journal of Community Psychology*, 24(5), 589-605. doi:<http://dx.doi.org/10.1007/BF02509715>
- Montero, M. (2002). On the construction of reality and truth: Towards an epistemology of community social psychology. *American Journal of Community Psychology*, 30(4), 571-584. doi:<http://dx.doi.org/10.1023/A:1015864103005>
- Montero, M. (2008). An insider's look at the development and current state of community psychology in Latin America. *Journal of Community Psychology*, 36(5), 661-674. doi:<http://dx.doi.org/10.1002/jcop.20241>
- Montero, M. (2011). Introducción. In E. A. Acosta (Ed.), *International Community Psychology: Community Approaches to Contemporary Social Problems* (Vol. 1). Puebla, México: UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA.
- Montero, M., & Díaz, N. V. (2007). Latin American community psychology: Development, implications, and challenges within a social change agenda. In S. M. Reich, M. Riemer, I. Prilleltensky, & M. Montero (Eds.), *International community psychology: History and theories* (pp. 63-98, Chapter xxv, 443 Pages): Springer Science + Business Media, New York, NY.
- Muscatell, K. A., Brosso, S. N., & Humphreys, K. L. (2020). Socioeconomic status and inflammation: A meta-analysis. *Molecular Psychiatry*, 25(9), 2189-2199. doi:<http://dx.doi.org/10.1038/s41380-018-0259-2>

- Ortmann, A. (2015). Review of <i>World Development Report 2015: Overview: Mind, society, and behavior. A World Bank Group flagship report</i>. *Journal of Economic Psychology*, 48, 118-120. doi:http://dx.doi.org/10.1016/j.joep.2015.03.009
- Pérez Álvarez, M., Sánchez, J. C., & Cabanas Díaz, E. (2018). *La vida real en tiempos de la felicidad : crítica de la psicología y de la ideología positiva*. Madrid: Alianza.
- Pinker, S. (2011). *The better angels of our nature: Why violence has declined*. Viking Press.
- Prilleltensky, I. (2012a). Wellness as fairness. *American Journal of Community Psychology*, 49(1-2), 1-21. doi:http://dx.doi.org/10.1007/s10464-011-9448-8
- Prilleltensky, I. (2012b). The what, why, who, and how of globalization: What is psychology to do? *Journal of Social Issues*, 68(3), 612-629. doi:http://dx.doi.org/10.1111/j.1540-4560.2012.01766.x
- Putnam, R. D. (2000). *Bowling alone*. New York: Simon and Schuster.
- Putnam, R.D. (Ed.). (2003). *El declive del capital social. Un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*. Barcelona: Círculo de lectores. Putnam, R. D. (2000). *Bowling alone*. New York: Simon and Schuster.
- Rappaport, J. (1981). In praise of paradox: A social policy of empowerment over prevention. *American Journal of Community Psychology*, 9(1), 1-25. doi:http://dx.doi.org/10.1007/BF00896357
- Rappaport, J. (2005). Community Psychology Is (Thank God) More Than Science. *American Journal of Community Psychology*, 35(3), 231-238. doi:10.1007/s10464-005-3402-6
Retrieved from <http://www.europsyefpa.eu/sites/default/files/uploads/EuroPsy%20Regulations%20July%202013.pdf>.
- Roehrle, B., Akhurst, J., Carr, N., Herrera Sánchez, I. M., Arcidiacono, C., Lawthom, R., & Stark, W. (2020). Community psychology in higher education in europe: Results of a survey and discussion of the basic competency approach. *Journal of Community & Applied Social Psychology*. doi:http://dx.doi.org/10.1002/casp.2459
- Sánchez-Vidal, A. (2017). Empoderamiento, liberación y desarrollo humano. [Empowerment, liberation and human development]. *Psychosocial Intervention*, 26(3), 155-163. doi:http://dx.doi.org/10.1016/j.psi.2017.05.001
- Sarason, S. B. (1974). *The psychological sense of community: Prospects for a community psychology*: Brookline Books, Cambridge, MA.
- Sarason, S. B. (1984). Community psychology and public policy: Missed opportunity. *American Journal of Community Psychology*, 12(2), 199-207. doi:http://dx.doi.org/10.1007/BF00897043
- Schwarzer, R., & Leppin, A. (1989). Social support and health: A meta-analysis. *Psychology & Health*, 3(1), 1-15. doi:http://dx.doi.org/10.1080/08870448908400361
- Serrano-García, I. (1984). The illusion of empowerment: Community development within a colonial context. *Prevention in Human Services*, 3(2-3), 173-200. doi:http://dx.doi.org/10.1300/J293v03n02_09

- Serrano-García, I. (1994). The ethics of the powerful and the power of ethics. *American Journal of Community Psychology*, 22(1), 1-20. doi:<http://dx.doi.org/10.1007/BF02506813>
- Sethi, S. P., & Schepers, D. H. (2014). United Nations Global Compact: The Promise-Performance Gap: JBE. *Journal of Business Ethics*, 122(2), 193-208. doi:<http://dx.doi.org/10.1007/s10551-013-1629-y>
- Simms, C. (2012). Inequalities in World Bank staffing. *The Lancet*, 380(9850), 1308. doi:[http://dx.doi.org/10.1016/S0140-6736\(12\)61759-0](http://dx.doi.org/10.1016/S0140-6736(12)61759-0)
- Task Force on Community Psychology (2013). *Report 2013*. Nicholas Carr (Convenor). EFPA General Assembly in Stockholm on July 13–14, 2013. Retrieved from <http://www.efpa.eu/reports/reports-general-assembly-2013>.
- Tebes, J. K., Thai, N. D., & Matlin, S. L. (2014). Twenty-first century science as a relational process: From Eureka! To team science and a place for community psychology. *American Journal of Community Psychology*, 53(3-4), 475-490. doi:<http://dx.doi.org/10.1007/s10464-014-9625-7>
- Tebes, J. K. (2017). Foundations for a philosophy of science of community psychology: Perspectivism, pragmatism, feminism, and critical theory. In Bond, M. A., Serrano-García, I. E., Keys, C. B., & Shinn, M. E. (Eds) *APA handbook of community psychology: Methods for community research and action for diverse groups and issues* (Vol. 2). Washington, DC: American Psychological Association.
- Walsh, R. T. (1987). A social historical note on the formal emergence of community psychology. *American Journal of Community Psychology*, 15(5), 523-529. doi:<http://dx.doi.org/10.1007/BF00929906>
- Wilkinson, R. G. (1997). *Unhealthy Societies. The Afflictions of Inequality*: Routledge.
- Zelenev, S. (2015). Universal social protection: The world bank group and ILO join forces in launching the universal social protection initiative. *International Social Work*, 58(6), 840-843. doi:<http://dx.doi.org/10.1177/0020872815604814>

